

repetirlo, habrá que recrearlo en los distintos ámbitos del saber. Esta nota ha sido la respuesta compulsiva y entusiasta de este llamado, pues se ha construido como un "eco" de su "voz".

Ojalá que esta voz no se estrelle en el muro acechante del silencio.

RODRIGO CANOVAS
Licenciatura en Literatura
Universidad de Chile
Santiago

ANGEL ROSENBLAT, *Sentido mágico de la palabra y otros estudios*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1977, 312 pp.

Un libro de ciencia, decía Ortega y Gasset, tiene que ser de ciencia, pero también tiene que ser un libro. Pareciera que los escritos de don Angel Rosenblat reunidos en este volumen se hubieran redactado bajo la inspiración de este consejo: pocas veces como aquí se congregan tan felizmente la amabilidad y la solvencia científica. Es verdad que algunos de estos estudios no son sino los textos de sendas conferencias, que, como tales, deben de haber reclamado de su autor una especial preocupación en la selección y disposición de sus contenidos, de modo que solicitaran en todo momento la atención de sus audiencias; con todo, conferencias o no, los ocho trabajos comparten por igual la rara virtud de despertar en iniciados y profanos un vivo y espontáneo interés. Y así como la incitan, así saben también satisfacer su apetente curiosidad.

El autor se muestra no sólo como un filólogo de excepción, sino además como un notable escritor, capaz de deslumbrar la inteligencia poética del lector con un discurso a menudo fulgurante y rico en imágenes reveladoras. Su saber filológico es mucho más que el mero registro de datos; más, incluso, que la ordenación de éstos y su inscripción en coherentes y suasorias teorías. Es todo eso, sí, pero con el decisivo agregado del talento del logos.

Los trabajos de este volumen han conocido ya independientemente la publicidad, si bien con diversa fortuna, y representan muestras relevantes de la producción del autor a lo largo de 36 años, entre 1933 y 1969. A pesar de la distancia en el tiempo que separa a unos de otros, hay entre los ocho artículos una notable hermandad doctrinaria. Para esta edición, es cierto, han sido revisados y han recibido parcialmente una nueva fisonomía; sin embargo, según declaración del propio autor (p. 6), en nada se les ha alterado el criterio de fondo que originalmente los informaba. Nacido a fines de 1902, ya a los 30 años, pues, mostraba don Angel Rosenblat la madurez y excelencia que se aprecia en su obra posterior. Y para quien no vea en ello mayor mérito y piense que a tal edad, en esta materia como en otras, no se es ningún bebé, es preciso señalar en favor de nuestro autor que la tradición filológica que cultiva es una que no admite precocidades, como sí acontece, por ejemplo, con ciertas tendencias contemporáneas formalistas y matematizantes de la ciencia lingüística: el ámbito de su reflexión, por el contrario, es el de la antigua y siempre actual filología que "ve en el lenguaje la expresión de una cultura, de una sociedad, en estrecho vínculo con la historia literaria, y que concibe la lengua como una especie de

lámpara maravillosa capaz de iluminar la vida del hombre y su alma" (p. 6). En ciertos ámbitos cerrados —como la música, las matemáticas, el ajedrez, etc.—, puede bien un joven genial alcanzar excelencia aun antes de que comience a sombreársele el bozo; pero es impensable, en cambio, que pueda alguien, todavía imberbe, producir una gran obra de cultura: una novela de envergadura, un estudio histórico penetrante e ilustrado, un tratado filológico sustancioso y perspicaz. Y es impensable, porque tales obras reclaman parejamente educación y tino, conocimiento y criterio, erudición y juicio, que son hijos que el talento engendra demorosamente en el tiempo. Adentrarse certeramente en los secretos del lenguaje y sus conexiones con la cultura es, en suma, empresa de madurez.

Encabeza el volumen un muy sugestivo trabajo titulado *Sentido mágico de la palabra*, artículo poco conocido y afortunadamente salvado aquí de su aislamiento¹. Cronológicamente no es el primero, sino el tercero de los ocho; así pues, su privilegiada ubicación —luminosa puerta de entrada del libro—, es intencionada y representa algo así como el *introito* admirado y reverente del filólogo antes de emprender su peregrinación hacia el mundo venerable de la palabra. Es un sorprendente y matizado recorrido por parcelas lejanas y recientes de la tradición espiritual, con el propósito de rescatar para el lector "los tiempos en que la palabra era materia sagrada" (p. 9), cuando con más evidencia que ahora el lenguaje estaba amalgamado con el mito, la magia, la poesía y la religión, constituyendo junto con ellos los hilos de la inmensa red que es el universo simbólico del hombre (cf. p. 14). En esta labor, el autor hace gala de una admirable capacidad integradora de datos de la más diversa procedencia: lingüísticos, históricos, literarios, científicos, advirtiendo con penetración las legalidades que vinculan a hechos aislados y aparentemente desvinculados.

En las escasas 34 páginas del artículo hay una infinidad de autores y obras citados y comentados, casi siempre atrayendo al discurso un pasaje determinado, una cita por lo general breve y enjundiosa. Enhebrando unos con otros estos testimonios, va el autor tejiendo una trama de sorprendente armonía y consistencia. Los textos revisados críticamente sobrepasan el medio centenar, y representan momentos destacados de las letras y el pensamiento humanos, desde *El libro de los muertos* del antiguo Egipto hasta Mc Luhan. A pesar de tan grande acopio de información letrada, nada está más lejos de este trabajo que la pedantería atosigante, la mención gratuita y el tono profesoral. Casi podría decirse que hay una buscada sencillez cada vez que estas autorizadas voces son citadas: se las hace hablar con naturalidad, como al pasar, casi temiendo aplastar con su prestigio, incluso sin notas referenciales al pie de página. El autor rehúye todo gesto solemne inevitable, toda 'catedraticada', y procura en todo momento aproximarse coloquialmente al lector, cuya confianza es inevitablemente ganada en este trato cordial. Resulta imposible, así, resistirse a sus siempre atinadas y sabias observaciones.

¹ Pp. 7-43. Este trabajo apareció por primera vez en la *Revista Nacional de Cultura* (Caracas, Nº 72 [1949], pp. 15-30). Con posterioridad, y junto a otros once trabajos del autor, se lo incluyó, reelaborado y aumentado, en *La primera visión de América y otros estudios* (Caracas, Ministerio de Educación, Departamento de Publicaciones, Colección V. gilia Nº 8, 1965, 320 páginas).

El artículo se configura, en general, como una historia de la desacralización de la palabra, antes voz primordial, llena de poderes, hoy lugar común y moneda de cambio.

Antes de ser signo de un pensamiento, la palabra fue instrumento de una voluntad. Era una fuerza independiente, alada, capaz de herir, de matar, de llevar la desolación a las ciudades, de agostar los campos, de mover hombres, cosas, fuerzas naturales, y hasta de gobernar a los dioses y a los muertos. Había palabras de inmenso poder ante cuyo imperio nada ni nadie podía sustraerse. Entre ellas, las de bendición y maldición (p. 19).

Algo de esto queda aún, especialmente en ciertas comunidades más primitivas que la nuestra. Se dice, por ejemplo, que cuando el árabe recibe una maldición, se tiende en tierra para que ella, como si fuera una flecha lanzada contra su cuerpo, siga de largo gracias a este esquivo. Incluso entre nosotros no es infrecuente que se eviten algunas palabras, como si la sola mención de ciertas realidades penosas o maléficas pudiera aproximarnos esas realidades mismas. No obstante, en general, se ha asistido a un progresivo debilitamiento del verbo: cada vez son más cáscara que carne las imprecaciones, los juramentos, los conjuros, los anatemas, las invocaciones, las blasfemias, los votos, las profecías, las oraciones.

Con los nombres propios ha pasado otro tanto. Es cierto que cuando damos nombre a un niño recién nacido, a menudo queremos que ese nombre sea un signo propicio de su destino, ya sea por el significado mismo del nombre, o bien por las cualidades y virtudes de alguien que en el pasado lo llevó. Pero entre los antiguos, como ocurre entre algunos primitivos de hoy en día, el nombre era mucho más que eso: formaba parte esencial de la persona; era, literalmente, una parte de ella, tal como su cuerpo y su espíritu. Cuando en el antiguo Egipto la astuta Isis logró arrancarle su nombre a Ra, el dios creador, obtuvo *ipso facto* el secreto de su poder y el carácter divino. Por eso es que algunos pueblos o tribus ocultan celosamente los nombres de sus dioses, ídolos y hechiceros: a fin de mantener a la ciudad a salvo de conjuros enemigos. Ese vínculo sustancial entre la persona y su nombre ha determinado, por ejemplo, la concepción groenlandesa de que el niño que recibe el nombre de un muerto hereda también sus cualidades; o la creencia esquimal de que el viejo logra un nuevo lapso de vida si cambia su nombre; o la costumbre australiana de que todos los que tienen un mismo nombre se lo cambien cuando muere uno de ellos.

Si las palabras y los nombres tuvieron inicialmente carácter sagrado, con la escritura ha sucedido también lo mismo. Para el hombre primitivo, el valor de la letra es un misterio impenetrable, y la palabra escrita es, por tanto, doblemente sagrada. En otro plano, hasta las mismas inocentes comillas tienen un origen sacro: inicialmente fueron pequeñas marcas con que se indicaba en los márgenes de los manuscritos medievales la presencia de una cita bíblica.

En suma, es el lenguaje entero, en todas sus manifestaciones, el que ha sufrido la secularización, pasando continua e inexorablemente de la esfera mágica y religiosa a la esfera profana.

La antigua sátira griega era un arma mágica capaz de aniquilar a un enemigo; hoy es desahogo literario o periodístico, que hiere, pero no mata.

La filología misma empezó por ser análisis y crítica de los textos religiosos (Panini en la India, Erasmo y los humanistas del siglo XV), hoy es análisis y crítica de toda clase de textos. El estilo de la predicación religiosa se ha extendido a toda clase de predicación, aun la antirreligiosa. La oración, acto de comunicación del hombre con la divinidad, o vieja fórmula mágica destinada a lograr un objeto o a producir un efecto —entre griegos y romanos debía pronunciarse en voz alta, y una palabra omitida o mal pronunciada anulaba la virtud del acto— se degrada en pieza oratoria o en unidad gramatical. Y para completar el ciclo, los oradores sagrados han empezado a hablar como los oradores profanos (p. 36).

Hoy en día, pues, las palabras se nos presentan como signos ciegos y arbitrarios, como utensilios neutros al servicio de fines prácticos o teóricos, y es por ello que, olvidados de su cuna maravillosa, tendemos a pensar que el lenguaje es una conquista de la razón. En justicia, sin embargo, ha ocurrido más bien lo contrario: es *en* el lenguaje y *por* el lenguaje que nos hemos ganado la razón.

La palabra ha conducido al hombre por los caminos de la razón. Pero antes de haber alcanzado las formas proposicionales del lenguaje articulado, antes de tener la palabra, el hombre dispuso de otros medios expresivos. Danza y canto son, sin duda, anteriores al lenguaje. Y es precisamente del canto —según la seductora teoría de Jespersen— del que se ha desarrollado el lenguaje. Del canto de amor o de trabajo o de guerra, que era sin duda canto mágico. El lenguaje es, al parecer, una degradación del canto.

Pero al mismo tiempo que se degradaba como canto, ha ido encontrando una doble grandeza propia. En la poesía, donde se acerca de nuevo al canto, donde vuelve, por virtud de encantamiento, a despertar a los muertos, a hacer danzar a las deidades ultraterrenas, a crear seres y mundos nuevos. Y en la razón, donde, emancipado de viejos terrores, ilumina y guía los pasos del hombre por los caminos infinitos de la filosofía y de la ciencia. Y siempre fiel a la virtud mágica de su origen, gracias a él no hay enteramente poesía sin razón ni razón sin poesía (p. 43).

Esta es la última, la honda, la verdadera historia del lenguaje. En ella, y marcados por ella, se inscriben todos y cada uno de los hechos de lengua, grandes o pequeños. Y es a la luz de esa historia, en última instancia, que han de ser examinados, si se los quiere comprender en cabalidad y radicalmente. El artículo, así, cobra desde su destacado sitial la dimensión de una declaración de principios, de una profesión de fe que compromete sustantivamente el carácter de los restantes trabajos de este volumen.

Los otros siete estudios que completan este libro ejemplar han tenido, en general, más difusión que el que acabamos de examinar, al menos en nuestro medio. En lo que sigue, pues, me limitaré a registrar sus títulos, informando detalladamente en notas acerca de su suerte editorial y remitiendo a algunas de las reseñas que se les han dedicado.

Fetichismo de la letra 2.

El castellano de España y el castellano de América: unidad y diferenciación 3.

Lengua y cultura de Hispanoamérica: tendencias actuales 4.

* Pp. 45-96. Trabajo publicado por primera vez en la *Revista Nacional de Cultura* (Caracas, N° 66 [1948], pp. 31-52). Reelaborado y ampliado, apareció 15 años más tarde como un pequeño volumen independiente (Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Cuadernos del Instituto de Filología "Andrés Bello", 1963, 92 páginas). Pueden consultarse las siguientes reseñas: la de Víctor Buille en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (Quinta época, VIII, Nos. 3-4 [1963], pp. 568-570); la de A. Quilis en la *Revista de Filología Española* (Madrid, XLVI [1963], p. 483); la de C. P. Otero en *Romance Philology* (University of California, Berkeley, XVII, N° 4 [1964], pp. 815-816), y la breve reseña de Robert Ricard en *Bulletin Hispanique* (Bordeaux, LXVI, Nos. 1-2 [1964], p. 437).

* Pp. 97-128. Su primera edición fue en volumen independiente (Caracas, Universidad de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Cuadernos del Instituto de Filología "Andrés Bello", 1962, 58 páginas). Posteriormente fue reproducido en *Conferencias de extensión cultural dictadas al curso de Estado Mayor Aéreo N° 2 y curso táctico N° 4* (Caracas, República de Venezuela, Escuela Superior de la Fuerza Aérea, 1963). Dos años más tarde se publicó una segunda edición de la de 1962, en los mismos Cuadernos del Instituto de Filología "Andrés Bello"; esta nueva edición tuvo pequeños cambios y adiciones respecto a la anterior y se amplió a 61 páginas. Hay, por último, una edición española (Cuadernos Taurus, N° 94, Madrid, 1970, 78 páginas). Pueden consultarse las siguientes reseñas: la de J. P. V. en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* (Madrid, XVIII, Nos. 1-2 [1962], p. 278); la de Hans Schneider en *Lebende Sprachen* (VII, N° 415 [1962], p. 157); la de Sylva Pavliková en *Philologica Pragensia* (Ceskoslovenská Akademie Ved. 7, 46, 2 [1964], pp. 183-184); la de Enrique Anderson Imbert en *Sur* (Buenos Aires, N° 282 [1963], pp. 79-80); y la muy breve de M. Molho en *Bulletin Hispanique* (Bordeaux, LXVI, Nos. 1-2 [1964], p. 250). Puede agregarse a esta lista la reseña de J. M. Rivas Sacconi a la conferencia que constituyó la base de este trabajo y que, bajo el título precisamente de *El castellano de España y el castellano de América*, dictó don Angel Rosenblat el 9 de septiembre de 1958 en Colombia (*Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XIII [1958], p. 371).

* Pp. 129-154. Este trabajo es el texto de la conferencia pronunciada en el Seminario Románico de la Universidad de Berlín el 1° de febrero de 1933, publicada luego en la serie "Vom Leben und Wirken der Romanen" (I, Spanische Reihe, Heft 3, Jena y Leipzig, 1933, 28 páginas). Apareció también por esa fecha en *Nosotros* (Buenos Aires, LXXIX [1933], pp. 5-27), y en *Investigaciones Lingüísticas* (México, I [1933], pp. 30-44). Años más tarde, se incluyó este trabajo en los *Anales del Instituto Pedagógico* (Caracas, N° 4 [1949], pp. 265-293). Dos años después, con prólogo de Marcel Bataillon, se reimprimió en Francia (Paris - Toulouse, Librairie des Editions Espagnoles, 1951, 29 páginas), y casi una década más tarde, con correcciones, se publicó también en Perú (Lima, Universidad de San Marcos, Facultad de Letras, Instituto de Filología, Anexo de *Sphinx*, 13, 1960, N° 1). Posteriormente apareció una nueva edición, corregida, en Venezuela (Caracas, Ministerio de Educación, 1962, 47 páginas), y tres años después, junto a otros once trabajos del autor, se lo incluyó en *La primera visión de América y otros estudios* (Caracas, Ministerio de Educación, Departamento de Publicaciones, Colección Vigilia N° 8, 1965, 320 páginas). Sobre esta conferencia pueden consultarse las reseñas publicadas por Mireya Jaimés-Freire en la *Revista Hispánica Moderna* (New York, XXIX, Nos. 3-4 [1963], pp. 316-317), y por M. Molho en *Bulletin Hispanic* (Bordeaux, LXVI, Nos. 1-2 [1964], p. 250).

Lengua literaria y lengua popular en América ⁵.
El criterio de corrección lingüística: unidad o pluralidad de normas en el castellano de España y América ⁶.

La gramática y el idioma ⁷.
El futuro de nuestra lengua ⁸.

ANTONIO ARBEA G.
Universidad de Chile

⁵ Pp. 155-219. Este estudio es el texto de una ponencia presentada por el autor en la sesión inaugural del Congreso de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina, el 3 de enero de 1969 en Sao Paulo, Brasil. El mismo año apareció ya publicado en uno de los pequeños volúmenes de los Cuadernos del Instituto de Filología "Andrés Bello" (Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, 1969, 129 páginas). Puede consultarse la reseña de Manfred Sandmann en *Romance Philology* (University of California, XXVII, N° 3 [1974], p. 446).

⁶ Pp. 221-255. También este trabajo es originalmente el texto de una conferencia; fue leída en el Simposio del Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas, en Bloomington (Indiana), en agosto de 1964. Tres años después apareció publicada en un volumen independiente en Colombia (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1967, 36 páginas), y posteriormente se reeditó en Venezuela en la revista *Letras* N° 29, ejemplar dedicado íntegramente a don Angel Rosenblat, que cumplía 70 años de vida (Caracas, Instituto Pedagógico, Departamento de Castellano, Literatura y Latín [1973], pp. 71-97). En este número de *Letras* se halla una completa bibliografía comentada de su obra hasta el año 1967. De allí hemos obtenido buena parte de la información que entregamos en estas notas.

⁷ Pp. 257-271. Este artículo apareció por primera vez como un capítulo de la obra *La educación en Venezuela: voz de alerta* (Caracas, Colegio de Humanistas de Venezuela, Colección Cuadernos, 1964, 89 páginas). Sobre esta obra puede consultarse la detenida reseña de Juan M. Lope Blanch en *Anuario* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México (VI [1965], pp. 227-232).

⁸ Pp. 273-305. Este trabajo se publicó por primera vez en la *Revista de Occidente* (Madrid [1967]).